

El pensamiento de los más pobres en un conocimiento que conduce a la lucha

Joseph WRESINSKI

Introducción a la reunión del Comité permanente de investigación sobre la pobreza y la exclusión social,
el 3 de diciembre de 1980 en el Palacio de la UNESCO de París.
(Original : francés)

Nota preliminar

Al volver a veros esta mañana tras las paredes de la UNESCO y agradecer que hayáis respondido a nuestro llamamiento para reunirnos este mes de diciembre, un mes muy ocupado para todos nosotros, al recibirnos así, pienso que hace ya casi 25 años que vosotros, los universitarios, los investigadores científicos, los especialistas, respondéis tan fielmente a la llamada del Movimiento ATD Cuarto Mundo. Casi un cuarto de siglo de fidelidad, de desvelos y de esperanza compartidos por vosotros y por los ámbitos de investigación que representáis.

Nuestro Movimiento, que en 1960 creó su propio Instituto de Investigación, creaba en aquel mismo momento su propia historia de acogida y de colaboración con una red internacional de investigadores exteriores. Estos investigadores llegaron primero como amigos y después se convirtieron en cooperantes a título individual. Después, en 1964, sentimos todos juntos la necesidad de formar un grupo, de hablar y actuar en grupo, para reforzarnos mutuamente y, al mismo tiempo, para tener más peso en el mundo que nos rodea.

Por eso no es nada especialmente original en la historia del Movimiento reunirnos como grupo, como Comité permanente, este mes de diciembre de 1980. Menos, quizá, la idea de permanencia. Y es que, aunque todos estábamos de acuerdo desde hacía ya un tiempo, hasta octubre de 1979 no proclamamos unidos y públicamente la necesidad de ver nacer y consolidarse, en la vida pública internacional, un grupo verdaderamente duradero que asumiera de forma continua una función indispensable en nuestras comunidades nacionales e internacionales.

Sin embargo, no es de la historia del nacimiento del actual Comité permanente sobre la pobreza y la exclusión ni de la necesidad de que tuviera un carácter duradero de lo que quiero hablaros tras

daros la bienvenida, con todo mi corazón, esta mañana. De todo eso ya hemos hablado en el Comité y en los subgrupos desde octubre de 1979, y lo esencial de nuestro pensamiento común está recogido en los documentos escritos del Comité.

De lo que quiero hablaros esta mañana es de las funciones del Comité o, más concretamente, de una de sus funciones. Se trata de una función que no ha asumido ninguno de los grupos que os han precedido en nuestro Movimiento (y, por lo que yo sé, ninguna instancia en todo el mundo). Se trata de la función (y yo diría de buena gana del deber) que tienen los investigadores del campo de la pobreza de hacerle un sitio al conocimiento que los más pobres tienen de su propia condición. Hacerle un sitio a este conocimiento, rehabilitarlo como único e indispensable, autónomo y complementario de toda otra forma de conocimiento y ayudarlo a desarrollarse. Y a esta función, ya lo adivináis, se añade otra: la de hacer sitio, rehabilitar y ayudar a consolidarse el conocimiento que pueden tener los que viven y actúan entre los más pobres y con ellos.

Ciertamente no es la primera vez que hablamos con vosotros de estas dos partes de un conocimiento global a las que vosotros añadís una tercera parte: la del observador exterior. No es la primera vez que hablamos de esto, pero, a la vista de los trabajos que nos esperan durante estos tres días y también de los que ya hemos empezado pensando a medio plazo, me gustaría sencillamente poner en claro algunas ideas que el Movimiento ha aportado a esta cuestión. Son ideas nacidas y maduras a lo largo de estos 25 años, durante los cuales os han conocido los más pobres y la gente de acción. Permitidme detenerme en este punto unos instantes.

I. El conocimiento universitario de la pobreza, un saber complementario de otros

Creo que las cuestiones que se plantea nuestro Movimiento y que también se plantea nuestro Comité son las siguientes:

- de qué conocimiento tienen necesidad los más pobres,
- de qué conocimiento tienen necesidad los equipos de acción,
- y de qué conocimiento tienen necesidad nuestras sociedades nacionales y la comunidad internacional para combatir eficazmente la pobreza y la exclusión.

Sin duda podríamos decir que a lo largo de nuestra propia vida y de nuestro propio combate particular hemos pasado un período en el que la respuesta a la pregunta “¿Qué tipo de conocimiento?” era, en gran medida, un conocimiento académico, universitario. De entre nosotros, muchos esperaban que el conocimiento más útil para la lucha y, por tanto, para la promoción de una política y de unas medidas legislativas fuese de este tipo que puede crearse en las universidades y otros centros de investigación. Se esperaba mucho de esta parte del conocimiento a la que pueden acceder investigadores, universitarios, hombres de ciencia que tienen un lugar de observación, aunque también una posición en la vida ajena a la de los más desfavorecidos.

Este conocimiento se valoraba mucho por su método, su rigor, su objetividad o su “neutralidad”. Había aspectos tranquilizadores para quienes, ante la inmensa complejidad de los problemas, también ante la forma subjetiva que tenían los políticos de enfrentarse a ellos y presentarlos, querían encontrar una verdad objetiva que pudiera guiar una acción lúcida y realmente eficaz para los pobres.

Así, la Universidad tuvo su gran momento como garante de la seguridad ante problemas tan difíciles de comprender, su gran momento como refugio para quienes no querían dejarse desconcertar ni inducir a error por los ideólogos, fuesen “dominantes” o “dominados”. Tal vez nosotros mismos quisimos, en una época determinada, que nuestras universidades fuesen eso. Seguro que no estábamos equivocados, pero tampoco teníamos toda la razón.

Sin embargo, no es el descubrimiento general de la no neutralidad, de la no objetividad de la ciencia y, en particular, de las ciencias humanas y sociales, lo que hoy nos quita la razón. No es saber hoy que todas nuestras ciencias y nuestras metodologías de investigación están manchadas por la ideología lo que nos hace decir que no teníamos toda la razón. A nuestro modo de ver, se trata de problemas interesantes pero secundarios.

El problema de fondo que apenas hemos reconocido y que todavía hoy no dominamos es que el conocimiento universitario de la pobreza y la exclusión - como, por otra parte, el de cualquier otra realidad humana -, es parcial. No hemos dicho, ni siquiera hemos comprendido de modo suficiente, que no puede ser más que un conocimiento indirecto e informativo, que le falta la apreciación de lo real y por eso le falta lo que hace que el conocimiento sea capaz de movilizar y de provocar la acción.

Muchos de nosotros hemos experimentado, en algún momento, una cierta decepción al ver que alguno de nuestros estudios no producía rendimiento. Tal vez no hemos reflexionado bastante, entonces, en que la investigación académica, en el sentido estricto, debe dar lugar necesariamente a una forma de abstracción, a una imagen de la realidad, vista desde fuera y traducida en términos generales que ya no reflejan el sentimiento, el color de las cosas que impulsan a los hombres a querer actuar para otros hombres. No hemos reflexionado bastante en que, en el conocimiento global sobre la pobreza y la exclusión que debe a la vez informar, explicar y movilizar, la investigación científica debe reconocerse como un componente entre otros. Es el componente informativo, “sin vida”, si se puede decir así, porque se queda sin vida mientras a su lado no encontremos estas otras dos partes del conocimiento:

- el conocimiento que poseen los pobres, los excluidos, que viven, desde dentro, a la vez la realidad de su condición y la realidad del mundo que se la impone,
- y el conocimiento de los que actúan entre las víctimas en las zonas de gran pobreza y exclusión y con ellas.

Cayendo en la trampa de una sociedad que creía en la supremacía del conocimiento universitario, nuestras universidades han creído, y nosotros con ellas, que lo que el mundo necesitaba para combatir la pobreza era el conocimiento universitario. Y cuando los estudios de los investigadores desaparecían en los cajones de los políticos y las administraciones, sentíamos auténtica frustración. Decíamos que era por razones políticas, por falta de voluntad política, por lo que los mejores estudios no llevaban a decisiones favorables para los pobres. Era casi exactamente ese matiz: el fallo no fue tal vez sólo de los políticos, sino también nuestro, porque el carácter de nuestros trabajos no podía atraerlos a la lucha.

En ningún momento, - creo que puedo decirlo -, las universidades se han dicho que la ineficacia política de sus investigaciones pudiera atribuirse al hecho de que el conocimiento construido de esa forma era un conocimiento instructivo, pero no necesariamente convincente, y que la parte complementaria susceptible de convencer no podía ser aportada por el propio investigador universitario, sino únicamente por los pobres y los hombres de acción.

II. Las dificultades de comunicación entre diferentes tipos de saber

Es cierto que fueron muchos los universitarios que incluyeron en sus trabajos estas dos fuentes de conocimiento: la de los pobres y la de los hombres de acción. Sin embargo - ¿y no es esto lo esencial? -, no han reconocido la autonomía de esas fuentes ni que los propios autores deban seguirlas por ellas mismas. Los investigadores lo han convertido prematuramente en una fuente de información para su investigación, más que considerarlo como un método de investigación auténtico por sí mismo, tema de apoyo y no objeto de explotación. En cierto modo los han subordinado a su propia actividad de observadores ajenos a la vida de los pobres, ajenos también a la acción desarrollada entre ellos. Han querido, con toda su buena fe, explotar el conocimiento propio de los pobres y el propio de las gentes de acción para los fines de la investigación universitaria. Así, sin darse cuenta, han desviado de su objetivo real un conocimiento que no les pertenecía. Más grave tal vez es que, sin quererlo, sin siquiera saberlo, estos investigadores a menudo han alterado e incluso paralizado el pensamiento de sus interlocutores. Esto ocurre esencialmente porque no les reconocen un pensamiento, un conocimiento autónomo con un camino y unos objetivos propios.

No haber comprendido esto ha planteado a veces problemas de comunicación entre las poblaciones de Cuarto Mundo y los investigadores, y entre éstos y los hombres de acción. En cuanto a la comunicación con grupos de población pobres, estoy convencido de que incluso la observación concurrente de antropólogos o etnólogos conlleva este peligro de explotación, de desviación, de parálisis del pensamiento de los pobres. La razón es que se trata de una observación cuyo objetivo es externo a la situación vivida por los pobres, una situación que ellos mismos no habían elegido y que nunca habrían definido del modo que lo hace el investigador. En consecuencia, esta observación no resulta verdaderamente concurrente, puesto que la reflexión del investigador y la de la población objeto de su observación no persiguen los mismos fines.

No se trata aquí de un problema de método, sino de una cuestión de situación de vida; no se puede resolverlo adoptando otros métodos, sino solamente cambiando de situación. En sí misma, esta observación, que seguramente no alteraría el pensamiento de un grupo que dominara bien sus reflexiones y su cultura, tiene un riesgo considerable de perturbar el pensamiento de los grupos pobres, que las dominan mucho menos.

¿Es necesario decir que en lo relativo a la colaboración entre investigadores y hombres de acción se plantea un problema parecido? Es posible que tampoco en este caso se hayan analizado nunca correctamente las dificultades. Se ha dicho que los equipos de acción difícilmente colaboraban en la investigación porque no veían el interés en ello, porque desconfiaban de la mirada escrutadora del investigador o de su incapacidad para comprender la realidad humana y sus riesgos en la vida de cada día. Incluso se ha dicho que no se establecía una buena colaboración porque la gente de acción carecía de pensamiento lógico, que actuaba movida por sus intuiciones e impresiones, más que por una reflexión racional.

Puede haber algo de cierto en estas explicaciones, pero me parece que no llegan a tocar el fondo del problema. El problema fundamental reside en que el hombre de acción, para tener una contribución valiosa que ofrecer a la investigación universitaria, debe ser considerado, en primer lugar, no como un simple informador, sino como un pensador que, ante todo, tiene que llevar hasta el extremo su propia investigación de conocimiento, para los fines que él mismo se ha propuesto.

También en ese caso me temo que hasta los investigadores dedicados a analizar una acción y evaluar sus resultados corren el riesgo de seguir un camino equivocado. En efecto, con demasiada frecuencia llegan cuando la suerte está echada y después se enfrentan a una acción que les resulta totalmente ajena. Esta situación es contraria a todas las que ellos puedan conocer, pues está marcada por una inseguridad que les cuesta mucho imaginar y respecto de la cual no pueden tener más que unas poquísimas intuiciones. Sólo pueden tratar de comprender una situación semejante y sus efectos en la medida en que hayan compartido o vivido personalmente la inseguridad, en la medida en que también ellos hayan podido, de este modo, participar en el desarrollo del pensamiento del

equipo de acción y adoptar ellos mismos los objetivos de ese pensamiento.

Dicho esto, mi propósito no era recordar la fragilidad del contenido de los estudios e investigaciones universitarios derivada de estas dificultades de comunicación. Mi propósito era recordar que el conjunto de esos estudios e investigaciones, cualquiera que sea su grado de calidad, no podía producir un conocimiento global. El investigador, por sí mismo, no es capaz de producir este conocimiento global del que es preciso disponer para combatir eficazmente la extrema pobreza. Me gustaría aún referirme un instante a esas otras dos partes del conocimiento que deberían ser complementarias del conocimiento de la universidad, pero que no pueden constituirse por sí mismas, a menos que sean autónomas y puedan llegar todo lo lejos que su esencia permita.

III. El saber de los más pobres, un jardín secreto

Permitidme decir algunas palabras especialmente sobre el conocimiento y el pensamiento de las familias de Cuarto Mundo. Su saber y su reflexión no se apoyan sólo en la situación que ellos han vivido, sino también en el mundo circundante que se la ha hecho vivir, en lo que es ese mundo y en lo que debería ser para no excluir ya a los más débiles.

Seguramente no hay necesidad de recordar que pensar y conocer son actos y que todo hombre realiza estos actos. Poco importan los medios que la vida le haya proporcionado: todo hombre piensa, conoce y se esfuerza por comprender; todo hombre actúa para un fin que es su fin y su pensamiento se organiza en función de ese fin. En este sentido, todo acto de pensamiento es susceptible de ser un acto del ser humano para su propia liberación, y lo repito, porque el Movimiento es testigo de ello en muchas zonas de miseria del mundo: todo ser humano, también todo grupo, busca hacer realidad ese acto. Por insuficientes que sean los medios para el pensamiento lógico, los medios para el análisis que haya recibido, todo ser humano, todo grupo, se convierte en buscador y busca su independencia, busca una comprensión de sí mismo y de su situación que le permita alejar las inseguridades y los temores, y controlar su destino en vez de sufrirlo y temerlo.

Los que piensan que los hombres totalmente empobrecidos son apáticos y que, por consiguiente, no reflexionan, que se instalan en la dependencia o en el mero esfuerzo por sobrevivir cada día, se equivocan gravemente. Ignoran los inventos de

autodefensa de que son capaces los pobres para escapar de la influencia de aquellos de los que dependen, para salvaguardar una existencia propia, cuidadosamente escondida detrás de la vida que despliegan a modo de cortina; detrás de la vida que interpretan para engañar a quien mira desde el exterior. Ignoran el desesperado esfuerzo de reflexión y de explicación de ese hombre que no deja de preguntarse “¿Pero quién soy yo?”, que no para de decir “¿Por qué me tratan así, como si yo fuera un trapo, un perro, un sinvergüenza? ¿Es que soy un sinvergüenza?” A costa de un doloroso esfuerzo de pensamiento, no deja de levantarse de entre esas falsas acusaciones que son otras tantas falsas identidades que se le atribuyen, y se repite “No, no soy un perro, no soy ese imbécil en que me han convertido. Yo también sé cosas, cosas que ellos no comprenderán nunca”.

En esta afirmación que siempre resurge una vez más después de todas las dudas, este hombre embrutecido, extenuado de cuerpo y alma, tiene razón, absolutamente. Sabe cosas que otros tal vez no comprendan jamás, que ni siquiera lleguen a imaginar. Su conocimiento, por poco elaborado que sea, gira en torno a todo lo que representa estar condenado de por vida al desprecio y la exclusión. Engloba todo lo que eso representa en cuanto a acontecimientos, en cuanto a sufrimientos, pero también en cuanto a esperanza y resistencia frente a esos acontecimientos. Conlleva un saber del mundo que le rodea, el saber de un mundo en el que él solo conoce los comportamientos para con los pobres como él. El mejor investigador del mundo es incapaz de imaginar esas cosas y, por consiguiente, de formular las hipótesis y plantear las cuestiones que interesan. Hemos dicho que el investigador se encontraba allí ante un campo de conocimiento sin los medios necesarios para controlarlo. Se encuentra, en cierto modo, en el jardín secreto de los más pobres. Nadie puede entrar en él si no cambia de situación de vida para lograr que los más desfavorecidos hablen con confianza y comprender lo que dicen. Tal como es, el investigador no tiene los medios para adueñarse del contenido de ese jardín secreto; pero, además y sobre todo, no tiene derecho a hacerlo.

Porque ningún hombre tiene derecho, aunque sea en nombre de la ciencia, a perturbar a otro hombre en su esfuerzo, tal vez torpe pero porfiado, por desarrollar un pensamiento liberador. Y ningún investigador tiene derecho a aprovechar los esfuerzos de los más pobres por liberarse para luego devolverlos a la servidumbre. Porque, repito,

perturbar a los más pobres en su pensamiento, utilizándolos como informadores en lugar de animarles a convertir su propia reflexión en un acto realmente autónomo, es esclavizarlos. Por cuanto, por su propio pensamiento, están casi sin interrupción en busca de su historia y de su identidad y sólo ellos tienen acceso directo a una parte esencial de las respuestas a sus preguntas. Estas preguntas sobre su historia y su identidad, mucho más que sobre sus necesidades o incluso sus derechos, se las plantean porque saben, quizás de un modo confuso pero profundo, que ahí encontrarán el camino de su liberación.

No me gustaría decir que nos hemos equivocado al hablarles de sus derechos ni al preguntarles por sus necesidades. Sin embargo, ese modo de actuar sólo puede tener para ellos un sentido liberador en la medida en que las relaciones se sitúen en esta perspectiva de comprender su identidad histórica, la única que puede ayudar a hacerles sujetos y dueños de sus derechos y necesidades. Ahora bien, es preciso admitir que no siempre ocurre así. A modo de ejemplo, durante toda la época de lo que hemos llamado “la guerra contra la pobreza” en Estados Unidos, no fuimos testigos de una sola investigación propiamente histórica de quienes llamábamos entonces los pobres “hard-core”, y menos aún de una investigación realizada en estrecha colaboración con estos pobres “hard-core”.

Incluso en Gran Bretaña, un país que considerábamos ejemplar por su fidelidad a la investigación sobre la pobreza, incluso durante el mejor período de la llamada sociedad del bienestar faltaron las investigaciones históricas, las investigaciones sobre la identidad. La identidad de los pobres se define sólo a través de sus necesidades, de lo que no tienen. Si hemos llegado a esto, ciertamente se debe, en parte, a que los investigadores tienen un gran respeto por los pobres y procuran no dejarlos de lado nunca ni correr el riesgo de provocar su segregación. Pero, ¿es justo, es prudente, puesto que su identidad histórica es una identidad de incansable resistencia, de inconmensurable dignidad, puesto que se trata de una identidad que, además, incluye un mensaje esencial para toda la sociedad?

Las familias más pobres agrupadas en el Movimiento nos han enseñado que el no hablarles más que de sus necesidades, reducirles de alguna manera a los “indicadores sociales” que les caracterizan respecto de la investigación científica, sin ayudarles a comprender su historia ni su

personalidad comunes, sigue siendo una forma de encerrarlas. Por otra parte, son estas mismas familias las que se dirigen al Movimiento diciendo, no “explíquennos”, sino “ayúdenos a reflexionar” y algunas, cada vez más, añaden “es necesario que reflexionemos, porque ellos no podrán comprender nunca”.

IV. Apoyar y realzar el pensamiento de Cuarto Mundo

A nosotros, a vosotros, investigadores universitarios, corresponde profundizar, explicar esta lección que nos da Cuarto Mundo sobre su derecho a que se reconozca este ámbito de pensamiento y de conocimiento autónomos. A nosotros, a vosotros, corresponde ver cómo apoyarles en su esfuerzo de reflexión. Y es que, aunque el Cuarto Mundo nos hace entender claramente que quiere llegar hasta el final de su propia reflexión, nunca nos ha dicho que no necesite ayuda para conseguirlo. Al contrario: “Vosotros, que habéis aprendido a reflexionar, enseñadnos” es una exigencia que se repite sin cesar, en cualquier lugar en que estén nuestros equipos. Tanto en Guatemala como en Suiza, en Nueva York como en Bangkok o en los barrios pobres de Londres, los más pobres no exigen la presencia de nuestros maestros del pensamiento (ya los tienen demasiado vistos), sino de hombres y de mujeres inteligentes, competentes, capaces de proporcionar los medios del pensamiento sin inmiscuirse en el pensamiento del otro.

No es verdad que se conozcan suficientemente los medios y los métodos, la pedagogía de esta forma de actuar. No porque falten precursores en este campo, sino quizá porque los proyectos realizados en nombre de tal o cual pedagogía de “concienciación” que hemos podido estudiar en América Latina, en India, incluso en Europa, parecen dejar de lado, casi sin excepción, a los pobres. Tanto si se trata de poblados indígenas en Colombia como de aldeas de intocables en India, de un “slum” en Calcuta o de una región pobre en Portugal, encontramos a los habitantes más empobrecidos al margen de tales proyectos. Puede también que estos proyectos nos planteen dudas, por el lenguaje y los conceptos curiosamente occidentales que parecen transmitir hasta las regiones más remotas de Extremo Oriente, hasta los pueblos encaramados a las altas planicies de Bolivia, lejos de la civilización occidental. ¿Acaso sus habitantes han inventado este vocabulario familiar a nuestros oídos occidentales, como “relaciones de fuerza”, “explotación del hombre por el hombre”, “lucha de clases”, etc.? ¿No habrían inventado ellos más que nosotros, no

habrían sido capaces de utilizar palabras nacidas de su propia civilización?

Nosotros pensamos que nuestro Comité podría tener algo que decir al respecto, que podría sacar a la luz las condiciones de una ayuda auténtica al pensamiento de los pobres, capaz de reconocer los proyectos que de verdad favorezcan el desarrollo de un conocimiento independiente, propio del Cuarto Mundo. Y creemos también que nuestro Comité podría y debería demostrar la importancia del pensamiento de los pobres, no sólo por su propia participación en la lucha contra la exclusión, sino por el conjunto de una sociedad que debe encontrar la voluntad y los medios para combatirla. Y es que precisamente ésta era la cuestión cuando nos planteábamos la pregunta del principio: ¿qué conocimiento necesita nuestra lucha común?

Era en esto en lo que pensaba al decir que, sin el conocimiento que poseen los más pobres, los investigadores universitarios corren el riesgo de representar un conocimiento excesivamente parcial y en el que falta precisamente lo que podría hacerlo vivificante, capaz de provocar la acción y la lucha. Sin querer aventurarme en especulaciones filosóficas ni en consideraciones de psicología social, permitidme exponer, sencillamente, las razones que, según la experiencia del Movimiento, hacen que la palabra de los más pobres provoque a la acción, mientras que todos los demás conocimientos no son más que conocimientos de apoyo a este respecto.

En primer lugar, en un mundo en el que los llamamientos a la lucha no hacen sino multiplicarse por todas partes, al contrario de lo que se podría pensar, no son las causas de menos grandeza las que empujan a nuestros contemporáneos a un compromiso serio y duradero. Nuestros conciudadanos quieren comprometerse con lo esencial, es decir, con el sufrimiento y la esperanza de los totalmente excluidos. El Movimiento ha podido cobrar fuerza y desarrollarse porque ha denunciado, sin tratar de disfrazarlas, las consecuencias extremas de la pobreza.

Ahora bien, sólo los más pobres conocen estas consecuencias extremas. Sólo ellos saben toda la injusticia, toda la denegación de los Derechos Humanos, todo el sufrimiento de la extrema pobreza. Sólo ellos saben qué debe cambiar en los corazones y en los espíritus, en las estructuras y el funcionamiento de nuestras democracias. Las conclusiones de los estudios universitarios que

hemos reunido durante 25 años no son, por eso, más que un débil reflejo, un mensaje alterado, si me permitís que lo diga.

Además, sólo viendo la totalidad de lo que nos han transmitido las familias del Cuarto Mundo podemos darnos cuenta de que su mensaje no es marginal, sino, al contrario, fundamental, esencial, y, digámoslo, profético. Y es que lo dice todo sobre qué no son nuestras sociedades, y lo dice todo sobre qué deberían ser. Algunos recordaréis nuestros esfuerzos para que se admitiera esta idea en el seno de la Asociación Internacional de Sociología en los años 1960, unos esfuerzos que renovamos en el “Programa europeo de investigación y acción piloto de lucha contra la pobreza” en los años 1970. El Movimiento propuso un proyecto que consistía en estudiar los medios y condiciones que permitieran a los más pobres de la Comunidad Europea tomar la palabra en vez de tener que esperar a que los investigadores hablasen por ellos. Los representantes gubernamentales de entonces no consideraban todavía que este proyecto tuviera un interés inmediato.

En nuestra experiencia, sin embargo, el haber permitido al Cuarto Mundo tomar la palabra y decir sus propias verdades es lo que nos ha procurado tantas adhesiones en todo el mundo. No somos más que una simple organización no gubernamental. Si esta organización ha podido durar y extenderse, ¿no será porque el mensaje de los más pobres puede convencer porque es irrefutable por la propia razón de su carácter integral?

Ahora bien, lo que parece contar siempre en esta experiencia de un Movimiento que se enfrenta día a día a las realidades de un combate es que nuestros conciudadanos escuchan la propia voz de los más pobres, su palabra más que su traducción a través de un estudio universitario. ¿No deberíamos tener la sencillez de admitirlo? El saber que, en este Movimiento, todos pueden escuchar esta palabra y que el Movimiento entero tiene por tarea hacerla trascender es lo que le procura los apoyos políticos que ha podido suscitar.

El pensamiento de los más pobres, esencial para la comprensión de la exclusión, la palabra de los más pobres, esencial para incitar a los conciudadanos al combate: ¿no debería nuestro Comité dedicar a su rehabilitación al menos una parte de sus energías? Hoy mismo se planteará la cuestión, cuando hablemos del seminario “El Cuarto Mundo en África”. Y mañana otra vez, cuando tengamos que

hablar del significado de las políticas europeas de lucha contra la pobreza en los Estados miembros de la Comunidad Europea. Y también surgirá la misma pregunta, en sus dimensiones más profundas, el próximo viernes, con nuestro amigo el profesor Jona Rosenfeld, cuando hablemos de las alianzas y las colaboraciones que supone la lucha contra la exclusión.

De este modo, la pregunta afecta a la totalidad de nuestros trabajos para los tres próximos días. Pero si hemos pensado en plantearla desde este primer momento de nuestro encuentro es, más que nada, porque nos parece parte integrante de la razón de ser de las tareas del Comité a largo plazo.

V. El saber de los equipos de acción

¿Es preciso desarrollar aún nuestras observaciones del principio sobre la necesaria autonomía de los conocimientos de los hombres y las mujeres de acción? Lo que acabo de decir sobre el derecho del Cuarto Mundo en este sentido es válido también, obviamente, para ellos. Ellos tienen que elaborar un pensamiento necesariamente único sobre la acción, sobre las incertidumbres y los estancamientos, las reacciones y los cambios, las ideas y las acciones nuevas que provocan su presencia y sus intervenciones. Es un pensamiento que también necesita ser apoyado por personas exteriores competentes, aunque manteniéndose siempre autónomo y libre para perseguir sus propios objetivos. Que los responsables de la acción lo necesitan para llegar hasta la meta de sus compromisos es algo evidente, como también parece evidente que el Cuarto Mundo tiene necesidad de tener a su lado equipos libres y capaces de una reflexión autónoma.

Es verdad que, como se hace con los más pobres, se puede hacer de la gente de acción y de sus actividades un objeto de investigación. Incluso se puede, lo hemos dicho, tratar de evaluar en su lugar los resultados de sus esfuerzos. Sin embargo, lo que me parece que nos debe preocupar es que los estudios universitarios, que son ensayos de

comprender la acción desde el exterior, no puedan en ningún caso sustituir el conocimiento que la acción debe tener de sí misma y para sí misma. Queda ahí un campo de todas formas difícilmente accesible al investigador, por las mismas razones que le resulta difícil el acceso a la realidad vivida de los pobres.

Sin duda estaréis de acuerdo en que el pensamiento de la acción sobre sí misma es asimismo un componente del conocimiento global y movilizador del que tenemos necesidad para ser capaces de actuar. La sociedad circundante tiene necesidad de este tercer componente. Tiene necesidad de ejemplos de ciudadanos que se comprometen y tiene necesidad de escucharles, tanto como tiene necesidad de las enseñanzas universitarias. Después de la voz de los más pobres, ¿no es, en efecto, la acción comunicable y que se comunica lo que incita mejor a la acción? ¿No es ella la que puede insuflar a otros el deseo y el ánimo de ponerse en marcha a su vez?

Aún con eso, los investigadores tienen, me parece a mí, un servicio incalculable que prestar, comprometiéndose a rehabilitar y apoyar un saber que no es el suyo.

Para terminar: Un Comité movilizador

Rehabilitar, apoyar, ayudar a que se desarrollen y se consoliden nuevos planteamientos de conocimiento, conseguir por último la colaboración entre investigadores, poblaciones empobrecidas y equipos de acción. Ése es, a nuestro parecer, un papel clave que el Cuarto Mundo expone a los investigadores universitarios. Si el Comité está de acuerdo, en los próximos años profundizaremos en este papel.

Ese papel no excluye otros, claro está, pero en este momento de la historia me parece más necesario y más innovador que otros. Siempre en la medida en que deseamos que nuestro Comité, a pesar de sus modestos medios, se convierta en motor y movilizador de hombres.
